

Libros

P. GREGORIO ARMAS, O. R. S. A.: *La Moral de San Agustín*, Madrid, 1955 (bilingüe), 1803 páginas, 14 × 20 cm.

Muchos son ya los autores que han pretendido darnos una visión panorámica de la moral agustiniana, tanto en el aspecto filosófico o razonamiento del sistema, como en la aportación positiva y estructura de los textos. En este segundo aspecto, el *encliridion* del P. Armas está perfectamente logrado, ya en su articulación ordenada, ya en la selección y abundancia de los pasajes. El pensamiento de San Agustín aparece diáfano y completo para ser consultado en cada momento sobre cualquier materia, ya que ésta se halla sistematizada conforme a los cánones corrientes de la didáctica moral. Para los profesores será un instrumento de trabajo insustituible y valioso; para los aficionados y especialistas constituirá la obra definitiva, no exhaustiva, ya que ello no es posible ni necesario, pero sí suficiente, bien planeada y bien ejecutada. No es el ensayo de turno, sino el monumento definitivo, metódico, el valor acabado puesto a disposición de todos, la mejor contribución que el P. Armas podía ofrecer a San Agustín en el Centenario de su Nacimiento.

La materia, de acuerdo con los actuales sistemas de enseñanza y exposición, se divide en cuatro partes y una Introducción. Los epígrafes con que el autor encabeza cada texto agustiniano nos colocan en el punto de vista de los modos actuales, en la terminología corriente, al recapitular la doctrina textual. A veces se corre el riesgo de modernizar a San Agustín, pero, con el texto a la vista, el lector supera fácilmente ese riesgo, y en cambio halla subrayada la relación de San Agustín con nuestra actual moral. En la primera parte, se tocan los principios generales; en la segunda, los dones del Espíritu Santo y las virtudes teologales; en la tercera, los Mandamientos y los estados particulares; en la cuarta, los Sacramentos. Se añade un último capítulo sobre los delitos y las penas. La obra se cierra con un buen índice analítico y otro onomástico.

Para la confección de un *enchoridion* perfecto no podía concebirse orden más útil.

Los que tengan costumbre de leer a San Agustín no se asombrarán de que la doctrina agustiniana, preñada de sentido, desborde continuamente los moldes, las divisiones y sistemas, como un agua caudalosa y sonora que no se deja aprisionar en diques, o como un gigante energético que no sabe acomodarse al lecho de Proculo. La tendencia unitaria y reintegradora del genio aparece en pugna con nuestra moderna división del trabajo, con nuestras asignaturas, encasillados y compartimientos estancos. Tanto más meritoria y admirable ha sido la hazaña del P. Armas al imponerse el forcejeo con la exuberancia y ambición de San Agustín, al obligar al genio a adaptarse al paso de andadura y a acompañar al estudiante en la mínima lección de cada día. Cierto, en la más humilde exposición hace San Agustín de pronto alusiones y sugerencias de largo alcance o profundidad pavorosa, pero el P. Armas ha resistido la tentación y corta a tiempo para refrenar ímpetus y vuelos.

Ese carácter de *enchoridion* que el P. Armas ha querido dar a su obra le dispensa de entrar en la fundamentación filosófica de la moral agustiniana. Pero es una pena que la Introducción sea tan lacónica. Son tantas las objeciones que se han formulado contra la moral de San Agustín, o contra determinados puntos de ella, que nos hubiese gustado encontrar una justificación adecuada. Verdad es que Mausbach trabajó por lograrla, pero su obra está ya quizás algo anticuada. San Agustín, como filósofo cristiano, empeñado en la aventura de restaurar todas las cosas en Cristo, y entre ellas la ética científica, era realmente un innovador y necesita justificación. Sobre todo, en la parte más original de San Agustín, en esa parte que en nuestros tratados antiguos y modernos aparece más endeble: es preciso ver con claridad por qué la voz de la conciencia es la voz de Dios y no un antojo de la naturaleza, por qué no yerra nunca la sindéresis, cómo se enlaza la ley natural con la ley divina en el hombre mismo y no en una deducción lógica y abstracta, cómo está el hombre desde sus raíces religado con Dios. Dicho de otro modo, es preciso llegar al primer principio de la ética y demostrar que es un principio absoluto. Sería manifiesto error creer que la moral agustiniana brota de la experiencia, aunque la ciencia moral tenga necesidad de la experiencia.

Es también una pena no hallar en la Introducción la articulación oportuna entre la moral y las otras esferas del conocimiento y de la vida. Debemos precavernos contra un linaje de moralismo agustiniano que Mausbach y otros autores han pregonado. No es recto el afán de presentarnos a San Agustín transido de ideales estoicos, como si la radical preocupación moral fuese el norte para

construir la metafísica, la noética e incluso la teología. No es así. La moral de San Agustín es una mera consecuencia de su metafísica, de su noética y de su teología. De todos modos, podemos felicitarnos de que este campo agustiniano de la moral se halle ya perfectamente organizado, cosa que no ocurre en los demás campos, en los que todavía nos debatimos en incessantes ensayos.

Frente a las dificultades corrientes, el autor dirige al lector, mediante notas bien seleccionadas y jugosas, que advierten los peligros de exageración o desviación, completan el texto, señalan algunas variantes críticas y sirven con frecuencia de comentario original o tomado de otros autores. Ello resulta indispensable, tratándose de un hombre tan traído y llevado, al que todos los demás acuden en busca de confirmación para sus propias opiniones. La traducción castellana que acompaña al texto es cuidadosa, esmerada, concienzuda. La edición y presentación del libro corresponde muy bien a sus fines.

P. LOPE CILLERUELO.

JOSÉ LUIS, ARANGUREN: *El protestantismo y la moral*. Edic. Sapiencia, S. A., Madrid, 1954, 264 págs., 21 × 14 cm., 60 ptas.

“Todo este libro ha sido dedicado a la dialéctica de la religión y la moral, de la gracia y de la justicia.” El punto central de análisis es, como lo indica el título, el protestantismo, concretamente Lutero y Calvin, con sus actitudes o “talante” peculiares y sus doctrinas consiguientes: La de la “justicia pasiva” o “imputación” en Lutero, sin posible cooperación moral del hombre, y la del puro “eticismo” sinapelación a lo religioso de Calvin, o más bien del Calvinismo.

A este estudio central le precede una sección de Antecedentes, dedicada, primero, a hacer ver la génesis o prefiguración de esas actitudes y conceptos en el mundo clásico y en el judaísmo, hasta llegar a verlas claras y definidas, dentro del Cristianismo, en Pelagio y San Agustín; y, segundo, a exponer la doctrina de Santo Tomás, que armoniza ambas posturas, desarrollando los conceptos de *justitia* teológica y de *religio* como justicia moral. Un estudio rápido del okanismo, limitado a Gabriel Biel, prepara el tránsito a la situación estrictamente protestante.

Al final se ofrece una visión clara de la posible influencia o repercusión de estos hechos intelectuales y actitudes en la formación y conceptualización del eticismo deista y del eticismo ateo contemporáneos.

Como el mismo autor lo insinúa (pág. 259), tal vez hubiera sido

más exacto titular el libro “Tensión entre la religión y la moral en el protestantismo”; hubiera sido, desde luego, más amplio y menos ambiguo. Pero lo importante es que, con este u otro título, se trata de un libro serio, de reposada meditación sobre los problemas que toca y, sobre todo, de amplia comprensión, en un doble sentido: en el sentido de captación intelectual, de reflexiva asimilación, y en el sentido de actitud comprensiva, de sinceridad, de lealtad, de amor intelectual, en suma; cualidades ambas que no suelen abundar en los estudios de esta clase hechos desde creencias distintas, lo mismo entre protestantes que entre católicos. El autor pretende mantenerse únicamente en el plano expositivo (pág. 142); sin embargo, se dejan caer, aquí y allá, varios juicios de valor, hechos, como todo el libro, desde el Catolicismo, y que vienen indudablemente a dar más seguridad en la inteligencia de la exposición.

Puesto a mejorar el libro del Sr. Aranguren, yo le invitaría a que nos diera en la sección Antecedentes un nuevo capítulo acerca de “naturaleza y sobrenaturaleza” y la evolución de estos conceptos desde San Agustín hasta justamente los reformadores. Bastaría una presentación sumaria, siendo exacta, dado lo enorme del tema, y que cuadraría muy bien con el tono general de principios en que se desenvuelve el libro. Sabido es lo fluctuante y tardío que es el concepto exacto de natura pura, y cómo, por otro lado, la interpretación de la natura agustiniana, en el hombre, en función de la escolástica —equiparada en ésta a esencia y por ende inmutable—, pudo dar pie a los reformadores para justificar intelectualmente muchas de sus conclusiones. El autor juzgará de esta sugerencia, pero creo que el libro ganaría en contextura y nitidez, y veríamos con más claridad la lógica de Lutero al concluir por la ruptura entre Dios y el hombre, al hablarnos del *servo arbitrio* (palabras tomadas literalmente de Agustín, en un sentido no agustiniano, cf. *Cont. Julianum*, II, 8, 23) y al insistirnos en la absoluta incapacidad moral del hombre como resultado del empecatamiento.

También desde este ángulo habría que tratar el tema de la posibilidad o imposibilidad de una ética filosófica a que alude como de pasada el autor. No se trata simplemente de hacer o invitar a hacer una ética “concreta”. Toda ética elaborada sobre un concepto de natura pura tiene que ser necesariamente abstracta. Sin hablar tampoco de *subalternación*, se puede elaborar una moral filosófica, para el hombre real, histórico, sin que esto implique la ruptura del diálogo con los que no admiten nuestros supuestos teológicos. ¿No se nos dice ahora que el hombre está mal hecho? ¿No se nos dice que es un absurdo, aun sin apelar a dogmas de ningún género? ¿No hizo San Agustín una filosofía del pecado original? La verdad real del hom-

bre nunca podrá obstaculizar el diálogo con los hombres sinceros y será además la imprescindible condición para que exista.

Dejo de insistir en estos detalles que vienen a quedar por otra parte como bien accidentales en el libro. Los temas que decididamente ataca están estudiados con competencia, dentro siempre de los límites previamente prefijados y elegidos. Con ello el libro responde muy cumplidamente al intento y propósitos del autor y responderá a todos los que busquen en él luz para esos hondos y complicados problemas religiosos y culturales, bajo cuyas sombras, para bien o para mal, aún seguimos viviendo.

P. RAMIRO FLÓREZ.

P. PEDRO LUMBRERAS, O. P.: *Praelectiones dogmaticae in secundam partem D. Thomae. De fine ultimo hominis.* Madrid, Ediciones Studium, 1955, 22 × 15 cm., 129 págs.

Conocido es ya del público estudiioso el nombre del P. Lumbres, no sólo como profesor del Instituto "Angelicum", de Roma, sino también por sus obras, especialmente estudiando a Santo Tomás. En el libro que nos ocupa pone el autor una introducción, en la que trata de hacer resaltar la autoridad de Santo Tomás en materias teológicas y filosóficas, en concreto de la *Suma Teológica*, corroborando sus asertos con testimonios pontificios y de autores antiguos y modernos (anteriores y posteriores a Santo Tomás). Este estudio está basado en la 2-2 del Doctor Angélico, en la parte que estudia el fin último del hombre. Abre, por decirlo así, su estudio con un esquema bien concebido y realizado, que da una visión de conjunto de toda la 2 p. de Santo Tomás, en la *Suma*. Advierte el autor que su estudio "no exime a los alumnos (estos fascículos van especialmente destinados a sus alumnos que se preparan para los grados académicos) de leer y releer la *Suma*". No pretende más que mostrar un camino fácil para la mejor penetración de aquélla. Divide su libro en secciones y capítulos. En las secciones I y II trata con acierto, en sentido rigurosamente tomista, del fin del hombre en todos sus aspectos: 1) como causa de los actos humanos; 2) como causa que especifica los actos; 3) de la existencia, unidad, extensión, del fin último. Todo ello tratado con la competencia con que suele hacerlo el P. Lumbres. Qualidades que algunas veces no le impiden algo de falta de claridad. En la sección III estudia la bienaventuranza: en qué consiste, su esencia, que no está precisamente en la parte sensitiva, sino en la intelectiva (pág. 62); no en la operación de la voluntad, sino del entendimiento. Mas ¿de qué entendimiento? —se

pregunta el autor—. Del especulativo más que del práctico, responde, analizando seguidamente en qué consiste esta especulación. Pasa a considerar después la bienaventuranza como estado, con todos los detalles que ésta comprende, tanto en el cuerpo como en el alma.

En la sección IV estudia la asequibilidad de esta bienaventuranza considerada en sí misma, en cuanto al tiempo, etc.; cómo es inamisible; para terminar dando un resumen completo de los medios para alcanzarla.

El libro, en conjunto, es un estudio profundo y macizo, conservándose siempre bajo la ortodoxia del más estricto tomismo. La competencia del autor en esta materia queda bien manifiesta. El nombre del autor recomienda ya en cierto modo el estudio. Unicamente me parece fuera de lugar la introducción, en lo que se refiere a los testimonios aducidos en pro de la magna obra de Santo Tomás, la *Suma*. Lo que en otro lugar estaría muy bien traído para convencer a los recalcitrantes o indiferentes respecto a Santo Tomás, en este libro nos parece fuera de lugar. Por lo demás, es un estudio que recomendamos, tanto a profesores como a los alumnos, para la mejor penetración de estas materias, y especialmente para conocer más y más al Angel de las Escuelas, cuya doctrina, en lo que respecta a este punto, queda bien manifiesta en esta obra del P. Lumbreiras.

P. LEONARDO GONZÁLEZ.

ALBERT NIEDERMEYER: *Compendio de Medicina Pastoral*. Editorial Herder, Barcelona, 1955, 512 páginas, 14,2 × 22,2 cm. En tela, con sobrecubierta, 150 pesetas. En rústica, con sobrecubierta, 120 pesetas.

Se habla de "Compendio", y lo es, a pesar de su extensión, por ser resumen de una obra que, sin hipérbole, puede calificarse de "monumental". El *Handbuch der speziellen Pastoralmedizin* del Doctor Niedermeyer son seis tomos voluminosos que han hecho realidad su aspiración de "elevar la medicina pastoral al rango de una disciplina científica, con problemas y métodos propios y lograr que sea una ciencia de valor no puramente teórico, sino también práctico, tanto para el sacerdote con cura de almas, como para el médico concienzudo y serio o el simple seglar ilustrado y culto".

Se echa de ver en seguida que este Compendio trata temas más extensamente estudiados, por lo apretado de los mismos y la riqueza de matices y detalles. Naturalmente, se recogen aquí todos los tra-

bajos anteriores de Antonelli, Bon, Surbled, etc., poniendo todas las cuestiones en el momento científico último.

Desde el primer momento, Niedermeyer se preocupa de la visión universalista que tiene la Medicina moderna del hombre, en cuya ampliación de horizontes necesariamente se consolida el concepto de Medicina Pastoral. Efectivamente, la "Medicina de la persona" y la "Medicina Psicosomática", que hoy florecen en el campo de la Medicina, integran la dimensión espiritual del hombre en los otros aspectos puramente biológicos o somáticos. Y en esa presencia del espíritu por necesidad está la realidad teológica. Apunta muy bien Niedermeyer que el concepto básico de salud ya ha ampliado su contenido: "*La World Health Organization declara en su escritura de constitución, de 1947, que la salud no constituye sólo ausencia de enfermedad, sino también un estado de pleno bienestar biológico, social y moral: "Health is not merely absence of disease, but a state of complete physical, social and moral wellbeing"*" (página 33).

Este punto de partida más universalista es el que domina toda la obra de Niedermeyer, siendo, entonces, perfectamente naturales las referencias de los problemas médicos a los filosóficos y teológicos. Este es, a mi juicio, el mayor mérito del autor: haber sabido presentar la Medicina Pastoral como algo exigido por la misma Medicina. Ya no se trata de "puntos de contacto", de vecindades o de "conflictos" entre ciertas aplicaciones médicas y las leyes morales, sino de *una visión religiosa del hombre enfermo* y de la necesidad de tener en cuenta la realidad metafísica y la teología para la misma comprensión de la enfermedad y para establecer un tratamiento adecuado de la misma. Tanto la Medicina individual como la social *necesitan* conocer e integrar a la teología.

Naturalmente, la verdad correspondiente al otro campo queda igualmente reafirmada. El teólogo y el moralista *necesitan* de la Medicina, esto es, del conocimiento científico del hombre, para realizar más perfectamente su función.

Como detalle, quiero destacar la original interpretación de la "Divina Comedia", como las distintas etapas de una psicoterapia completa y constructiva de la personalidad.

La mejor alabanza que creo puede hacerse del libro es que no solamente al final de su lectura, sino en muchos de sus capítulos, hace desear su explanación colmada en la obra extensa de la cual es "Compendio" y conocer otra obra, que cita en preparación, su *Allgemeine Pastoral-Medizin*. Si la Editorial Herder nos diese estas dos obras en español cumpliría una misión digna de toda alabanza.

P. CÉSAR VACA.

CHARLES MOELLER: *Literatura del siglo XX y Cristianismo*. Tomo I. El Silencio de Dios. Editorial Gredos, Madrid, 1955, 570 páginas, en rústica, 94 pesetas. Versión española de Valentín García Yebra.

La crítica extranjera unánimemente ha ensalzado los valores de esta obra, que promete ser colosal, por la amplitud de su concepción y por las cualidades de crítico excepcional que se revelan en su autor, el joven sacerdote belga. Es un libro que se lee apasionadamente, sin que pese nunca en las manos.

La habilidad extraordinaria del autor deja al desnudo el alma literaria de los autores que estudia. No se trata del alma del autor en turno, aunque, naturalmente, también ella está ahí, sino del alma de su obra. No siempre coinciden las dos cosas y cuando juzgamos a un escritor es más interesante la segunda que la primera, porque aquélla queda ahí presente y no se cambia en un instante, como acontece con el alma personal. En las manos habilísimas de Moeller el espíritu de cada uno de sus personajes crece, evoluciona, va adquiriendo personalidad y matices, se va transformando, ante los ojos del lector y, al concluir cada estudio, tenemos vivo y transparente a ese espíritu que animó la obra. Esto es patente especialmente en Camus, en Gide, en Simone Weil. En ésta se traza bien la discrepancia de las dos almas. Nobilísima la personal de esta heroína de la caridad, llena de errores la de su obra literaria. "Ella fué mejor que sus teorías": es la fórmula que resume su juicio. Lo cual es una lección para muchos católicos, cuyas teorías son tantas veces mejores que ellos. En Graham Greem, Moeller no destaca esto tan bien, porque se pierde en la problemática de los personajes del novelista, aunque descubre, en el fondo de su desgarrado tremedismo, el latir de la esperanza y de la redención.

En los peores autores doctrinalmente, sabe descubrir Moeller una versión positiva. Tal vez a alguno le parezca este matiz de cierto conformismo, aunque la recusación de los errores se hace siempre con claridad y valentía indiscutibles. A mi juicio esto constituye un acierto magnífico del autor. Es preciso criticar y esclarecer, pero sobre todo es preciso construir. Y con los valores literarios de estos grandes escritores, el cristiano debe entretejer la verdadera apología del pensamiento católico. Unas veces surgirá ésta como confesiones directas escapadas a los más alejados de la fe, otras, como compensación a las sombras y vacíos que los pensamientos errados dejan sin llenar.

Otro acierto es poner de manifiesto que los pensamientos y las sensibilidades de los autores criticados constituyen la trama fundamental de las actitudes modernas. Yo he encontrado, al leer este libro, muchos pensamientos y actitudes recogidas y observadas en

la juventud actual, incluso en aquellos de los que estoy seguro no han leído nunca los autores citados. Pero ello demuestra que sus ideas y actitud en la vida han penetrado tan profundamente el mundo moderno, han sido recogidos por el cine, por el teatro, por la literatura cotidiana, tantos elementos de estos grandes escritores, que inevitablemente su espíritu se ha introducido de manera sutil por todos los poros del pensamiento actual. En este sentido, el libro de Moeller se hace indispensable para quienes estamos en contacto con la juventud intelectual.

La magia espiritual de Moeller sabe “descubrir a Dios”, en su mismo *silencio*. La presencia de lo espiritual se hace tan patente, tan viva, incluso cuando se estudia el sensualismo de Camus o la horrible frialdad de Gide, que uno comprende la fuente de ello escondida en el alma del autor, no de sus estudiados. Sin embargo, *también está Dios en ellos* y es precisamente es este juego de hallazgos de Dios, de reflejos suyos allí mismo donde se le desconoce, lo que constituye uno de los encantos más profundos de este libro. Por eso Moeller goza tanto al estudiar a Julien Green, “el testigo de lo invisible”, el hombre que en su recorrido, del protestantismo a la fe católica, de ésta a la incredulidad, de la incredulidad otra vez a la fe, va continuamente haciendo resonar lo eterno, que no deja de estar nunca presente en su alma.

Moeller nos demuestra que el cristianismo no pasa nunca, que son para él secundarias las fórmulas que se empleen en el modo de hacerlo patente a los hombres, que sigue siendo la verdad viva, lo mismo cuando se presentaba con sus arreos escolásticos, que cuando, en el mundo de hoy, se viste de estremecidas experiencias de existencia. Dios está en el mundo, Cristo vive entre nosotros, su silencio es también su testimonio.

La cara oscura de esta verdad, queda igualmente patente aquí. Tampoco el error, el pecado, Satán, son nada original, también su testimonio es eterno y el mismo, aunque se vista con distintos disfraces. El gnosticismo, tan viejo y tan absurdo, ¿quién iba a pensar que estaba escondido en Huxley o en Simone Weil? Sin embargo está. Son errores vivos, porque son “salidas” que el espíritu humano busca ansiosamente a los problemas que siente planteados cada día, cuando no quiere aceptar la única salida de la verdad. ¡Qué bien señala Moeller, que volver a pensar en la transmigración de las almas no es otra cosa que confesar el ansia de salvación y el terror al infierno! El hombre Huxley tiene un miedo terrible a condenarse y como él lo tienen muchos, que luego dicen no creer en Dios ni en la religión.

Es notable la manera suave y caritativa, que tiene el autor de destruir “tópicos” espirituales, que tantas veces manejamos como doctrina verdadera, sin pararnos a examinar y que tantas veces

estropean para muchas gentes el concepto de nuestra espiritualidad. Mejor que tratar de describir esto, es copiar estas líneas magistrales del autor, hablando del momento en que Julien Green se aparta de Dios: “*La primera impresión de Green, después de la gran negativa, es la de un inmenso alivio interior; un peso le ha sido quitado de encima, el peso de la Cruz. Aquí, una vez más, la lección es preciosa; es propio de una psicología simplista imaginarse que el primer sentimiento del cristiano que niega a Dios algo que El le pide es de terror y de angustia; es, por el contrario, el sentimiento de una liberación, de una entrada en posesión de sí mismo. La difícil es la vida en Dios; esta es la que crucifica; la alegría que da es tan profunda que se encuentra más allá del sufrimiento en la noche de la fe*” (pág. 432). Los ejemplos como éste abundan. ¡Qué necesario es quitar estos tópicos, que para muchos son expresiones mentirosas, que no ven comprobada en su experiencia de vida! Pero es preciso hacerlo con suavidad, con caridad, para no herir a otras muchas almas, para quienes eso, tópico y todo, constituye un soporte de seguridad, que violentamente arrebatado puede llevar consigo jirones de fe, rompiendo su equilibrio interior. En un texto admirable, Julien Green habla precisamente de la caridad, cuya comprensión “*haría zozobrar a todo un falso cristianismo*”.

El libro entero viene a ser una realización de la perfecta formulación de la fe, que el autor recoge de este mismo Green: “*Dios no habla*”, pero “*Todo habla de Dios*”. Todo, hasta aquello que pretende rechazarle, el corazón empedernido de ciertos hombres.

Por último, este libro es una ventana abierta, al través de la cual podemos enterarnos del estado espiritual de Europa y del mundo. Exponer y matizar esta afirmación exigiría un estudio muy extenso. El afán de europeizarnos fué un lema de Ortega y hoy la Europa en decadencia quizá ha perdido muchas cosas que ya no puede enseñarnos. Pero hay algo en ella que nosotros no vivimos, por las circunstancias particulares que nos apartaron de su última catástrofe, de su “hora veinticinco”. La agonía de millones de seres inocentes, los sufrimientos de naciones enteras, que siguen hoy sufriendo, ha creado un enorme problema espiritual, el de la falta de esperanza, el del sufrimiento sin aparente sentido, y Moeller, especialmente en su último estudio sobre Bernanos, nos abre los ojos y nos crea una sensibilidad para este espectáculo, que no tiene otra salida ni otro sentido que el volver a la esperanza cristiana, el de ver en el sufrimiento de los inocentes la continuación de la agonía y de la Pasión de Cristo, tras de la cual únicamente alborreará la alegría Pascual. El tema del sufrimiento y de la muerte de los inocentes, que también nosotros hemos vivido en nuestra guerra,

no ha sido explotado por nuestros escritores, tal vez porque las "razones" externas, políticas y sociales, nos parecía que daban explicación suficiente. En la catástrofe europea estas razones eran insuficientes, no podían explicar a ninguna mente semejante desastre. Y para unos ese espectáculo de satanismo se ha convertido en motivo para apartarse más de Dios, para hundirse en la "nada" como refugio y solución, pero otros quieren sacar de ahí un mensaje de esperanza, esta virtud teologal que, un poco olvidada, está siendo atendida, pensada, cultivada por los mejores, como vía de salvación de un mundo al que Satán trata de perder en el pasillo oscuro de la desesperación.

P. CÉSAR VACA.

LUIS ALBERTO SÁNCHEZ: *Proceso y contenido de la novela hispanoamericana*. Biblioteca Románica Hispánica. Editorial Gredos. Madrid, 1953, 665 págs. Precio: 90 ptas.

Concediendo la primacía, con todo merecimiento, a la riqueza temática dentro de la novela hispanoamericana, se preguntaba el autor en su libro *América, novela sin novelistas* (1933), ¿Existe una novela americana? En aquel libro, que no fué comprendido por la mayoría de sus comentadores, sostenía que las grandes fuentes de inspiración que el Nuevo Continente brindaba a sus novelistas para que sacasen de ellas asuntos netamente americanos —base de sus futuras creaciones literarias—, han sido ignoradas durante muchos años. La producción novelística, hasta bien entrado el presente siglo, confirma su tesis que vuelve a remachar en la presente obra.

"Por abundantes que numéricamente hayan sido tales libros, mientras carezcan de un tono propio, carecerán también de personalidad. Prácticamente, pese a que en el siglo XIX tuvimos una buena docena de excelentes novelistas y centenares de mediocres, es sólo en la actual centuria cuando nuestra novela tiende el vuelo, hunde las manos en sus propias entrañas, aprende a auscultar el corazón de su tiempo y de su circunstancia. Por eso este libro, escrito al comenzar la segunda mitad de la vigésima centuria, deberá ser considerado como el largo prólogo a un género literario cuya historia, en América, ha empezado a escribirse ahora. Lo anterior es sólo prehistoria novelística. A lo sumo protohistoria."

Este libro se basa, pues, en aquél, y fué iniciado seguidamente. Transcurridos veintitantes años, ve ahora la luz.

* * *

Varios y muy diversos son los caminos que se presentan ante aquel que acomete la empresa de escribir acerca de una determinada historia de la literatura; así como los planes que pueda trazarse para desarrollar, con arreglo a los mismos, su proyectada obra.

L. A. Sánchez comienza diciendo que, para él, lo más importante en la novela hispanoamericana es su doble proceso genético (aparición de la novela y su relación con el español, primero, y con otros países, después) y temático (asuntos más generalizados por los novelistas, de índole individual o colectiva). *“Con el objeto de armonizar ambos propósitos —‘proceso’ y ‘contenido’— me he fijado un plan nada ortodoxo. Pido disculpa por ello a la crítica oficial. Me ha sido imposible adaptarme a ella a pesar de mis esfuerzos y mi buena voluntad.”*

Divididos los capítulos por “géneros literarios”, tenían que surgir, inevitablemente, múltiples concomitancias entre dichos géneros, junto con la dificultad de agrupar novelas en su mayoría inclasificables.

Para ilustrar ambas cuestiones, él mismo lo apunta en distintas partes de la obra. Por eso, a las novelas que no encajan exacta y totalmente en un solo estilo o tema (que forman mayoría), decide incluirlas en forma principal en aquellos géneros que mejor correspondan con sus caracteres predominantes; aunque no pueda prescindir de algunas en capítulos con los cuales también se relacionan.

El autor pudo elegir cualquier otra ordenación. Ello no le habría impedido analizar cuidadosamente —como lo ha hecho— aquellas obras que por su importancia debiesen ser destacadas, sin dispersar por distintos capítulos los matices intrínsecos, dejando en ciertas muy someras o suprimiendo en absoluto el resto de la producción que, por sus escasos valores, no mereciese mayor comentario.

Desaparecidos, así, los obstáculos presentados, la tarea hubiese resultado más sencilla, pero habría supuesto pisar caminos ya trillados o, lo que era más importante, no sentidos.

Optó, pues, con voluntaria audacia, por sacar adelante su plan, y, pese a las dificultades indicadas, salir airoso de la prueba. Su forma de estudiar los diversos géneros novelísticos, la atención puesta en los nuevos valores, y aquellos capítulos totalmente conseguidos, como los dedicados a la novela social, son otros tantos aciertos que vienen a demostrarlo.

El libro, dentro de las limitaciones previstas, abunda en observaciones atinadas y clarividentes; desfilan por él muchos datos, que ignorábamos, sobre la ingente producción de los últimos años, y pone de manifiesto que su autor conoce a fondo la literatura de aquel continente.

En una de las últimas páginas leemos: *“aquí aparece el fruto de*

la atenta revisión y lectura de más de un millar de obras escritas o publicadas en mi América y de su cotejo con otras pertenecientes a literaturas extra-americanas. Abrigo la certeza de que no se ha impreso hasta hoy libro alguno sobre la materia donde se encuentren reunidos mayores datos, ni se haya intentado más ambicioso ordenamiento e interpretación. Entiéndame el lector y perdóneme.”

Los defectos se borran a la hora de señalarlos. Forzoso es reconocerlo ante obra de tal empeño, resultado de una paciente, ingrata y larga labor.

F. LÓPEZ-MONTENEGRO.

LUIS DÍEZ DEL CORRAL: *Ensayos sobre Arte y Sociedad*. Editorial Revista de Occidente. Madrid, 1955, 225 páginas, 80 pesetas.

Como se anuncia en el título, se trata de ensayos muy variados sobre el arte y la sociedad. El primer interrogante que nos sale al paso es que los ensayos, los buenos ensayos como éstos, son también obras de arte y como tales han de ser juzgados. Pero el autor del libro satisface plenamente nuestra expectación, adelantándose a ofrecer tales garantías de seguridad en el enfoque, de tacto en el tratamiento, de competencia en la forma y de profundidad en la respuesta, que nos dejamos llevar tranquilos y disfrutamos plenamente del encanto y libertad que son propios procedimientos del ensayo.

Un segundo interrogante sobreviene ante la relación Arte-Sociedad. Ambos términos pueden constituirse en base preferente de la relación, y cualquiera de ellos puede cobrar tales proporciones que nos haga olvidar la relación misma. Sin embargo, ya en el primer ensayo nos sosiega el autor sobre estos extremos, al mantener rigurosamente la relación misma como objeto de su fenomenología y aporética, de sus críticas y soluciones.

En el primer ensayo se destaca la impresión de unidad artística que produce la ciudad de Roma, ciudad eterna, a pesar de su largo pasado y de la acumulación de estilos, por la topografía, por el contraste y equilibrio que impone la lejanía temporal, por la superhistoricidad de la urbe y finalmente por la ausencia del estilo gótico. En el segundo, surge el arte barroco como ecuación renacentista de la antigüedad y modernidad, como si el arte hubiese esperado a que la raza de los gigantes abriera de nuevo las compuertas y llevase el agua elemental y antigua por los nuevos cauces. En el tercero, Miguel Ángel aparece recogiendo la herencia clásica, pero infundiéndole los anhelos del espíritu cristiano, imponiendo la preferencia de la dirección vertical sobre la horizontalidad pagana. En

el cuarto, lo arcaico, con su sentido pleno de arché o principio vital, se contrapone a lo clásico, que es perfección desvitalizada, amannerada y artificiosa. En el quinto, el mar de los antiguos pueblos es considerado como punto o puente, y contrasta con el mar tempestuoso del europeo moderno. En el sexto, se estudia la mirada que nos entregan las esculturas griegas, romanas, cristianas, medievales y modernas. En el séptimo, nos hallamos frente al arte andaluz con su carácter campesino y vitalista y en la luz arquitectónica de la mezquita cordobesa descubrimos los misterios del alma mahometana. El libro se termina con dos nuevos ensayos, uno sobre la pintura del romanticismo alemán y otro sobre los supuestos pictóricos del cine italiano.

Como se ve, el esquema es completo y capaz de satisfacer al más exigente. La maravilla expositiva y la información más fidedigna colman todas las esperanzas. Sin embargo, el tema abre profundas perspectivas, porque no hay posibilidad alguna de unanimidad entre los hombres. Para ponerse de acuerdo tendrían que conformarse en las mismas bases de la existencia de la vida y de la historia, en todas las actividades y valoraciones humanas, en la religión, filosofía y ciencia, en los valores éticos, teóricos y prácticos. A la Estética y a la Sociología van a repercutir, como es sabido, todos los problemas fundamentales.

Sentimos gran admiración por la belleza y plenitud lograda del libro de Díez del Corral. Pero no es la admiración servil que producen las obras clásicas y mortecinas, sino la admiración inquieta y juvenil de lo arcaico, la admiración que agujonea y empuja hacia adelante. Esta admiración que se siente por el libro y por su autor es su mayor mérito. Cuando el arte se presenta como medio de conocimiento y adivinación de lo social, las consecuencias desbordan por los límites de la Estética. Por eso, este libro suscita a veces dentro de nosotros alguna reserva, o nos sugiere alguna pequeña corrección, o nos empuja un poco más adentro, o despierta nuestra propia impresión frente a la del autor.

Así, por ejemplo, entendemos que el arte precristiano refleja una ausencia de sociedad y no una sociedad: ese arte refleja una política helénica o romana, pero esa política es estrecha, gregaria, propia del rebaño, del hormiguero y de la colmena, nunca de una sociedad humana. El arte romano no puede contraponerse al helénico, puesto que es un mismo y solo arte. Roma es la consumación de Atenas. El misterio de Roma consistió en ser la encarnación del sueño helénico, la ciudad eterna de los hombres. Pero la fe cristiana, al renovar todas las cosas en Cristo, corrigió ese delirio humanista y convirtió a Roma en una verdadera ciudad eterna, símbolo de la ciudad de Dios. Si el arte del Imperio romano era *injustifi-*

cado, fué porque el arte helénico no tuvo otra justificación que el arte por el arte.

Es exacta la contraposición de lo arcaico a lo clásico, y, sin embargo, nos parece que falta la última razón: la Grecia continental que marchaba derechamente al clasicismo, esto es, a desvincularse de los principios que produjeron ese arte, se vió perpetuamente asediada por aquellas colonias que como Sicilia y el Asia Menor surgieron de un compromiso de lo griego con lo fenicio. Estas colonias se mantuvieron más o menos adheridas a los principios, y por eso su arte fué siempre arcaico, vitalizado, y por eso también lograron imponerse de nuevo al clasicismo cuando el helenismo cauducaba. De igual manera, convendría hacer ver que sentir el mar como punto o puente es propio de pueblos explotadores y colonizadores, cuyo cordón umbilical es el mar. Ingleses y holandeses, en el arte moderno, han considerado al mar como punto, y en cambio portugueses y españoles, a pesar de sus hazañas y aventuras marineras, han sentido siempre frente a ellos el mar tenebroso: su mar era misticismo y quijotismo, no el camino de la pitanza.

En el estudio de la mirada echamos de menos la última perspectiva: el griego no cree en el espíritu ni en la libertad, y por eso apaga la mirada, comprometedora e indiscreta. La mirada humana desasosiega y dogmatiza: el hombre no es un producto de la naturaleza, un mero animal racional. Es algo más: es espíritu y libertad. El ser humano más abyecto nos impone, al mirarnos, el respeto hacia un interior misterioso y sagrado. El griego no supo de violaciones y profanaciones, impurezas, rebeldías, satanismos, dolores de corazón, vidriosa sensibilidad, amores, anhelos infinitos y desesperación. Para él todo era animal y natural. La Venus de Milo, en la época de transición, no pide otras consideraciones que las maneras cívicas. Después, con Praxíteles, Venus ya no pide consideración alguna. Es un puro animal inteligente.

No conocemos Andalucía. Pero como el autor la contrapone tantas veces al campo europeo quisieramos haber encontrado subrayada la cordillera de los Pirineos. Porque todo el que pasa la frontera española siente que al entrar en la Europa europea va de la libertad a la naturaleza, del capricho a la razón.

Hermoso libro, éste de Díez del Corral. Deseamos que le acompañe el éxito más completo y que despierte en España anhelos filosóficos, estéticos y sociológicos, pues tan lleno de incitaciones viene.

P. LOPE CILLERUELO.

Nuevo Camino de la Cruz. Contemplado por el R. P. M. RAYMOND, O. C. S. O. Ilustrado por John Andrews. Traducido del inglés por el M. I. Dr. D. Antonio Sancho Nebot, Canónigo Magistral de Mallorca. Ediciones Studivm, Madrid, 1955, en cartoné, tamaño 21 × 27, 44 páginas y 14 láminas a toda plana.

Ediciones Studivm ha tenido el acierto de ofrecer al sensible lector de habla castellana, en primorosa traducción y presentación, el libro *Nuevo Camino de la Cruz*.

La gestación de esta preciosa obra parece ser que fué iniciada por un artista del dibujo, de nacionalidad norteamericana, Jhon Andrews, quien trazó una serie de cuadros para ilustrar el Vía Crucis, siendo secundada su labor por el cisterciense y famoso P. Raymond, el cual se encargó de comentar, en profunda y mística prosa, los cuadros realizados por el artista.

“Para reproducir la Sagrada Pasión, Andrews emplea —son palabras del P. Raymond— solamente miembros del cuerpo de Cristo: Sus manos y Sus pies. Y en estos miembros ha puesto una elocuencia que muchas veces falta en cuadros más completos. Andrews nos estimula a interpretar los detalles, a poner en actividad nuestra imaginación. Y ésta, una vez enardecida, alimenta nuestra mente, que a su vez agujonea nuestra voluntad.”

Tanto la oración preparatoria, como cada una de las catorce estaciones contempladas por el P. Raymod, van divididas en dos partes fundamentales, que son a su vez complementarias entre sí. La primera está dedicada al Vía Crucis, y la segunda es la proyección del mismo en el Santo Sacrificio de la Misa; que no otra cosa que Su primera Misa fué la Sagrada Pasión de Nuestro Señor.

En suma, un breve tratado de meditación que hará mucho bien a las almas, junto a unos magníficos dibujos a pluma que, por su fuerza de expresión, constituirán, sin duda, un recreo para la vista del más exigente esteta.

F. LÓPEZ-MONTENEGRO.

Libros recibidos

BIBLIOTECA DE AUTORES CRISTIANOS, Madrid, Alfonso XI, 4.

La palabra de Cristo, tomo VII. Bajo la dirección de Mons. Ángel Herrera Oria, Obispo de Málaga, 13 × 20, 85 ptas.

Editorial GREDOS, Madrid, Benito Gutiérrez, 27.

White, Víctor: *Dios y el inconsciente*, 1955. Prólogo de C. G. Jung, 14 × 20, 70 ptas.

Hatzfeld, Helmut: *Estudios literarios sobre mística española*, 14 × 20, 407 págs., 70 ptas.

Moeller, Charles: *Literatura del Siglo XX y Cristianismo*, vol. I. *El Silencio de Dios*, 1955, 14 × 20, 570 págs., 94 ptas.

Kayser, Wolfgang: *Interpretación y análisis de la obra literaria*, 14 × 20, 708 págs., 100 ptas.

Sánchez, Luis Alberto: *Proceso y contenido de la novela hispanoamericana*, 14 × 20, 670 págs., 90 ptas.

Peers Allison, E.: *Historia del movimiento romántico español*, 2 vols., 14 × 20, 550 y 708 págs., 160 ptas.

Editorial KUCERA, Barcelona.

Kucera, Enrique, y Martín Romagosa, A.: *España y sus navegantes*, 14 × 20, 156 págs. En rústica, 25 ptas.; en tela, 40. 1951.

España y sus epopeyas, 159 págs.

España y sus leyendas, 2 vols., 159 págs.

Editorial HERDER, Barcelona, Balmes, 2.

Niedermeyer, Albert: *Compendio de Medicina Pastoral*, 1955, 512 págs., 14,2 × 22,2. En tela, con sobrecubierta, 150 ptas. En rústica, con sobrecubierta, 34 ptas.

Doppelstein, Hermann: *Psiquiatría y cura de almas*, 1955, 164 páginas, 14,4 × 22,2. En rústica, 34 ptas.

Editorial REVISTA DE OCCIDENTE, Madrid, Bárbara de Braganza, 12.

Diez del Corral, Luis: *Ensayos sobre Arte y Sociedad*, 1955, 226 páginas, 80 ptas.

Röpke Wilhelm: *Introducción a la Economía Política*, 16,50 × 22, 263 págs., 70 ptas.

Lope de Vega: *La Dorotea*, 13 × 18, 625 págs., 90 ptas.

Ayala, Francisco: *Historia de macacos*, 13 × 18, 155 págs., 30 ptas.

Buytendijk, F. J. J.: *La Mujer*, 23 × 17, 31 págs., 90 ptas.

Editorial STUDIUM, Madrid, Bailén, 19.

Raymond, M., O. C. S. O.: *Nuevo Camino de la Cruz*. Ilustraciones de Andrews. Traducido del inglés por el M. I. Dr. D. Antonio Sancho Nebot, 1955, 27 × 21, 44 págs. y 14 láminas, 60 ptas.

Martínez, Mons. Luis M.: *La intimidad con Jesús*, 14 × 20, 260 páginas, 40 ptas.

Lorson, Pedro, S. J.: *El misterioso futuro de las almas y del mundo*. Traducción de Francisco Aparicio, 19,5 × 11,5, 168 págs., 28 ptas.

Elizalde, Ignacio, S. J.: *Las inmaculadas de Murillo*. Prólogo del Marqués de Lozoya, 18 × 11, 164 págs., 24 reproducciones sobre couché, 28 ptas.

Adams, Elisabeth Laura: *Sinfonía negra*. Traducción y prólogo de Felipe Ximénez de Sandoval, 14 × 20, 168 págs., 30 ptas.

Alonso Lobo, Arturo, O. P.: *Laicología y Acción Católica*. (Estudio teológico-jurídico), 22 × 14, 452 págs., 70 ptas.

Delgado Varela, J. M., O. de M.: *La Eucaristía, misterio de vida*, 17,5 × 10,5, 218 págs., 30 ptas.

Ramírez, Santiago, O. P.: *El Derecho de Gentes*, 14 × 20, 232 páginas, 50 ptas.

Alonso Antimio, Alvaro: *De la predestinación divina*, 19,5 × 11,5, 64 págs., 15 ptas.

Villapadierna, Fr. Carlos de, O. F. M. Cap.: *Por los caminos del Señor*. Prólogo de Fr. Luis de Arnaldich, 14 × 20, 192 págs., 35 ptas.

Martínez, Antonio, S. J.: *Canciones de España*, 16 × 11, 212 páginas, 28 ptas.

Sertillanges, D., O. P.: *El Orador Cristiano*. Traducción del P. Jesús García Alvarez, O. P., 14 × 20, 436 págs., 70 ptas.

Enviados por su autor.

González, Sergio, O. S. A.: *La mística clásica española. (Estudio místico-literario sobre S. Juan de la Cruz y Sta. Teresa de Jesús)*, Bogotá, 1955, 233 págs.